

Universalismo y relatividad lingüística. ¿Problema científico o filosófico?

Celia María Zamudio Mesa*

Realidad, lenguaje y pensamiento, tres términos con los cuales el ser humano ha construido una serie de binomios para expresar el tipo de relación en la que se apoya el conocimiento del mundo: realidad-lenguaje, realidad-pensamiento, realidad-lenguaje y pensamiento. Quizás podamos agregar otro término, como en realidad-sensación y lenguaje, o sustituir un término por otro más cercano al empleado originariamente, como en realidad-sensación e idea (¿lenguaje?), o bien, prescindir de alguno de ellos, como en (realidad) sensación-lenguaje; pero lo que resulta muy difícil de concebir es una relación donde el lenguaje sea excluido. Parece que el lenguaje debiera permanecer siempre dentro de nuestras combinaciones, y por la sencilla razón de que el lenguaje es la prueba irrefutable de que pensamos, de que conocemos, o bien de que tenemos alguna relación con el mundo exterior, y es que a través del lenguaje se manifiestan cualesquiera de las relaciones que queramos establecer. En este punto, vale la pena preguntarse si todas aquellas filosofías que intentaron prescindir del lenguaje en la creación del conocimiento, de proponer un fundamento de otra índole para el entendimiento, verdaderamente eliminaron el lenguaje de sus sistemas, o si pudieron sostenerlos sin recurrir en ningún momento a éste. De cualquier modo, podemos afirmar que la historia de nuestras creencias acerca del mundo, científicas o del sentido común, el conocimiento, el pensamiento y el lenguaje, está representada por las variedades que experimenta la organización de los binomios.

Desde sus orígenes, la reflexión filosófica acerca del lenguaje ha estado dirigida a responder las preguntas que plantean la naturaleza de estas relaciones. ¿Es el lenguaje fuente de conocimiento, o solamente constituye un medio

* ENAH-INAH.

de expresión de éste, un mero reflejo del pensamiento? ¿Es posible tener un conocimiento directo de los objetos o éste es necesariamente mediado por el lenguaje? Si se supone que tenemos conocimiento originado en el lenguaje, entonces deberá contestarse a más interrogantes: ¿constituye el lenguaje un conocimiento puramente subjetivo o guarda alguna conexión con «lo que es»? ¿Cómo preservar la objetividad del logos dadas la contingencia, la arbitrariedad u otros fenómenos atribuidos a la palabra y que relativizan el conocimiento?

I

Los filósofos griegos expresaron el problema en términos de las relaciones de la palabra con «la cosa», eso que Platón llamó la «propiedad de los nombres», es decir, las razones por las cuales una palabra está ligada con la cosa que significa y representa en el pensamiento. ¿Existe entre ambas una conexión esencial, *physis*, o es sólo un producto del *nomos*, del uso y la convención? Heráclito respondió diciendo que los nombres mantienen un lazo esencial con la naturaleza y esencia del mundo; de tal modo que el carácter contingente de los objetos se encuentra ya prefigurado en los nombres de las cosas. El *etymos* revela la esencia de las cosas nombradas, puesto que las palabras derivadas de la lengua provienen de aquellas primarias que significan fluir, ir, u otra especie de movimiento; simultáneamente, las palabras primitivas imitan en sus elementos fónicos, r, l e i, los movimientos que designan.¹ La iconicidad, la onomatopeya, la metáfora sonora y otras formas de simbolismo sonoro, que establecen conexiones «directas» entre ciertos aspectos de las cosas y la fonación, tienen sus orígenes en la idea de la «conexión esencial» heracliteana: los sonidos de la palabras indican inmediatamente la naturaleza de las cosas, por lo tanto las palabras nos proporcionan intuiciones válidas sobre los objetos del mundo.

Los sofistas también examinaron con agudeza el vínculo entre la palabra y la cosa. Su devastadora crítica sembró el «escepticismo de la palabra», a decir de Marshall Urban,² y el escepticismo en general. Los sofistas señalaban que la relación natural entre las palabras y las cosas no sólo no es posible, sino que tampoco lo es la aprehensión de las esencias de las cosas mediante el lenguaje. El uso y la convención dan cuenta de la relación entre las expresiones y el mundo, de tal modo que es imposible alcanzar el logos

¹Platón, a lo largo del *Cratilo*, pone en boca de Sócrates una serie de ejemplos que revelan la concepción heracliteana del lenguaje, y que Sócrates denomina como el saber de los antiguos, sin mencionar nombre alguno en particular.

²Wilbur Marshall Urban, *Lenguaje y realidad*, FCE, México, 1979 (Or. 1939), p. 15.

a través del lenguaje y, de hecho, mediante cualquier acto. Empiristas y escépticos radicales, los sofistas llegan a considerar que «el ser» es del todo incognoscible e inexpresable.³

La desconfianza que manifestaron los sofistas respecto del lenguaje fue heredada por Platón. En el *Cratilo*, Sócrates aparece diciendo que «no es propio de un hombre sensato someter ciegamente su persona y su alma al imperio de las palabras; prestarles una fe entera...»⁴ Aunque Platón argumenta en favor de la iconicidad y la *physis* en la primera parte del *Cratilo*, el énfasis final es puesto sobre el *nomos* que rige las palabras, porque si bien «las palabras bellas y bienformadas» de la lengua corresponden a las creencias de los antiguos, dichas creencias no son verdaderas. Es precisamente ésta la razón por la que desconce al lenguaje como creador del logos, y propone, en su lugar, las imágenes y la razón como vías de la verdad. La filosofía platónica ocasiona un «giro epistémico» al trasladar el argumento del lenguaje al conocimiento. La pregunta fue, entonces, si las ideas elementales, necesarias para el entendimiento, la razón y, por qué no, para el lenguaje, eran dotación innata del espíritu o se adquirían por medio de la experiencia sensorial.⁵

La filosofía aristotélica integró la sensibilidad y la razón de tal modo que, lejos de ser las polaridades que tirarían de la filosofía hasta nuestro tiempo, en ellas y por ellas habríamos de conocer el mundo. La razón es la forma o función cohesiva de la materia especificada, la unificadora de los sensibles particulares en un sentido común. Aristóteles, aun cuando acepta que el vínculo entre la palabra y las cosas es convencional, construye su lógica con base en las categorías lingüísticas del griego, es decir, recupera el lenguaje por medio de la lógica ahormando las distinciones categoriales del pensamiento a las determinadas por la lengua griega. El lenguaje es *logos*,

³ «El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto son y de las que no son en cuanto no son», cita Xirau a Protágoras. El postular la sensación, como vía más o menos fiable de contacto con el mundo conduce a los sofistas, inevitablemente, a afirmar la subjetividad y, por ende, la relatividad de todo conocimiento. Ramón Xirau, *Introducción a la historia de la filosofía*, UNAM, México, 1990 (Or. 1964), p. 35.

⁴ Platón, «Cratilo» en *Diálogos* (Ed. Francisco Larroyo), Editorial Porrúa, México, 1979, p. 294.

⁵ En el *Teetetes*, Platón se opone por igual a Heráclito y a Protágoras por proclamar el movimiento como una existencia. Si la sensación misma es movimiento, como considera Protágoras, es evidente que no se podrá fijar el movimiento del mundo con ninguna fórmula basada en las sensaciones. A través de los órganos de los sentidos percibimos, pero no son ellos los que perciben, quien percibe, quien realiza el análisis de las semejanzas y diferencias de los caracteres es la razón, y esto sólo es posible cuando recordamos. Las ideas puras, formas abstractas de las cosas, se encuentran ya inscritas en el alma desde antes de nacer, luego, son éstas ideas «lo que es». De este modo, Platón no se compromete con una realidad exterior, ni con el movimiento ni con el ser estático de Parménides.

diferencia específica del ser humano: «el hombre es el animal que posee la palabra».⁶ Por esto, el conocer aristotélico es, ante todo, clasificar y definir los conceptos. En la definición de un término habrá que tener en cuenta el género próximo y su diferencia específica; así, al definir el término «hombre» diremos que el género próximo es «animal» y la diferencia específica es «racional». Las teorías de la clasificación y de la definición aristotélicas están indisolublemente ligadas a su metafísica. En ésta, Aristóteles no se ocupa de los elementos del ser que pueden ser variables y contingentes, sino de aquellos que son constantes y comunes a todos los individuos; no de los accidentes, sino de las sustancias. Por ejemplo, si se considera a los hombres, encontramos que son variables en estatura, peso, color, rasgos faciales, etcétera; en cambio, todos comparten las propiedades de ser racionales, sociables e inteligentes; las primeras son elementos contingentes, las segundas, necesarias. De este modo, los rasgos definitorios necesarios de un concepto corresponden a los elementos necesarios, que se encuentran en las cosas mismas. Aristóteles establece entonces un tipo diferente de vínculo entre la palabra y la cosa: el lenguaje está moldeado sobre la realidad, en el sentido de que tanto las categorías semánticas como las gramaticales, *onoma*, *rhema* y *ptosis*, expresan las categorías lógicas, en las que encontramos la estructura de la realidad.

II

La lógica aristotélica dominó gran parte de la Edad Media a través de la filosofía escolástica. Sobre la confusión de lógica y gramática, ya presente en Aristóteles, se funda la sistematización del conocimiento escolástico, de pretensiones universalistas, y se construye el sistema gramatical de los *modistae* y otras gramáticas especulativas. La teoría del lenguaje como reflejo del mundo, el «realismo», es la base de la cultura medieval, puesto que la naturaleza de las cosas tiene que reproducirse necesariamente en la lengua. El conocimiento deductivo de la lógica y la gramática, unido a las matemáticas conforman el modo de conocimiento. No obstante todos los intentos de sostener al lenguaje como modo del conocimiento universal, es decir, de la realidad, el principio tomista comienza a resquebrajarse ya en el siglo IX con el surgimiento de la «disputa de los universales», relativa al *status* ontológico de los llamados términos generales, y es desplazado por el nominalismo en el siglo XIV. En tanto que el realismo escolástico afirmaba la existencia en el mundo de los referentes de los conceptos universales, géneros y especies, el nomina-

⁶ Pierre Aubenque, «Aristóteles y el liceo», en Yvon Belaval (ed.), *Los presocráticos*, Siglo XXI, 1986 (Or. 1974), p. 119.

lismo la niega, y considera a los términos generales *flatus vocis*, imponiendo de nuevo el «escepticismo de la palabra». El conocimiento validado de la época, la metafísica y la teología, deja de basarse en la gramática-lógica para dar paso a temas científicos de índole experimental: el empirismo empieza a dominar las ciencias y la experiencia se eleva como el criterio de validez de todos los conceptos, la «navaja» de Ockham inicia su actividad.

La vieja polémica griega *physis* o *nomos* se traslada a la civilización occidental en la disputa de los universales y se mantiene en la controversia de las actitudes polares ante el conocimiento: el racionalismo y el empirismo. No obstante que Descartes no otorga un papel distintivo al lenguaje en la obtención del conocimiento, éste sí ocupa un lugar central en su caracterización de las habilidades humanas: el lenguaje exhibe la diferencia esencial entre el hombre y el autómatas. El lenguaje es una facultad creadora en tanto debe corresponder a las exigencias del pensamiento, la ilimitación del primero se afirma en la del segundo. Esta inseparabilidad de la razón y el lenguaje lleva a los cartesianos a la búsqueda de una forma fundamental de lenguaje universal que responda a las formas de la razón humana.⁷ El lenguaje se constituye como un tipo de conocimiento deductivo, «una ciencia razonada de los principios inmutables y generales del lenguaje» sobre los que se sustentan «las instituciones arbitrarias y usuales de una lengua particular».⁸ Por su parte, Leibnitz considera que el lenguaje sí produce conocimiento: el saber lingüístico, al igual que el lógico, el matemático y otros sistemas simbólicos se derivan a partir de elementos primitivos mediante la iteración y la recursión, son agregados combinatorios producto del cálculo, sistemas cerrados, monádicos, que producen y reproducen dentro de sí la misma combinatoria.⁹ Con el racionalismo emerge una forma más sofisticada de *physis* que intenta demostrar la no arbitrariedad del lenguaje y, con ello, cualquier posibilidad de relativismo cognoscitivo. La palabra no es cultural, nace con el hombre, las lenguas son derivadas de una lengua primitiva, la lengua adámica. En contraste con el racionalismo del continente, la actitud de los empiristas ingleses hacia el lenguaje desemboca en el nominalismo y la convencionalidad de los signos. El empirismo opone a la razón pura, la experiencia; a lo innato, lo aprendido; al método deductivo, el inductivo; a

⁷ Sin embargo, no todos los «cartesianos» comparten la misma opinión. Spinoza y Malebranche piensan que las lenguas preservan un conocimiento vulgar, si no es que falso.

⁸ Citado en Noam Chomsky, *Lingüística cartesiana*, Gredos, Madrid, 1972 (Or. 1966), p. 113.

⁹ Los cartesianos sostienen la idea de que el razonamiento deductivo crea conocimiento. En nuestra época, los positivistas lógicos apoyan que las matemáticas y la lógica son esencialmente tautológicas.

lo universal, lo individual. El empirismo postula un conocimiento mediato de las cosas; las palabras representan ideas y no las cosas en sí; las ideas representan las cosas, pero tampoco en forma directa; éstas constituyen haces de sensaciones, que son las impresiones producidas por los cuerpos sobre los órganos de los sentidos. Es decir, que son las ideas, o ¿por qué no decirlo?, las palabras, el único asidero posible para unificar las sensaciones particulares y fijarlas mediante representaciones. Dada la relatividad de la experiencia, el único camino que queda es la convencionalidad del lenguaje; así, el *nomos* no sólo rige la relación entre las palabras y la realidad, sino que la reconstruye, puesto que el mundo se disuelve en impresiones sensoriales. Las palabras son *idola specus* que nos inducen a creer en la existencia real de todo aquello que se nombra, dice Bacon. El problema del empirismo será buscar criterios públicos de validación del conocimiento o admitir la relatividad de éste y, por lo tanto, el escepticismo.

III

El siglo XVIII no sólo transcurre en medio del debate acerca de la ideas y del papel del lenguaje en el conocimiento, es también testigo de un sinnúmero de descubrimientos científicos que traen aparejado el desarrollo de nuevas técnicas. Surge la idea del progreso y, paralelamente, la del hombre como un ser en cambio: se discute el paso del hombre de la «naturaleza» al Estado, su hacer social; en pocas palabras, aparece la historia. Arnold Hauser comenta que ya los historiadores de la Ilustración como Vico, Hume, Montesquieu, entre otros, habían propuesto el origen de los valores en la cultura, frente a la explicación por revelación, y aduce que, por lo tanto, la idea de la relatividad cultural se encontraba bastante extendida.¹⁰ Hacia finales del siglo vemos consolidarse esta nueva forma de concebir al hombre y sus recursos. La razón, bastión atemporal de las verdades absolutas, es hecha a un lado para dar paso al sentir y el hacer humano. La historia se impone y el romanticismo se convierte en la ideología dominante de la nueva sociedad:

el Romanticismo...expresaba la concepción del mundo de una generación que no...quería creer ya en ningún valor sin acordarse de su relatividad y de su determinación histórica...La imagen del mundo hasta el Romanticismo era fundamentalmente estática, parmenídea y ahistórica, a pesar de Heráclito y de los sofistas, del nominalismo de la Escolástica y del naturalismo del Renacimiento...los principios racionales de la ordenación natural y

¹⁰ Arnold Hauser, *Historia social de la literatura y del arte*, Guadarrama, Barcelona, 1980, p. 345.

*sobrenatural del mundo, las leyes morales y lógicas, los ideales de la verdad y del derecho, el destino del hombre y de las instituciones sociales habían sido concebidos fundamentalmente como algo unívoco e inmutable en su significación, como entelequias atemporales o como ideas innatas.*¹¹

Liberados del yugo de la razón y de sus verdades ahistóricas, los románticos se dan a la tarea de expresar la subjetividad y la particularidad del conocimiento. Ya no existe la preocupación por salvar al pensamiento del relativismo, ni el miedo que produce el escepticismo respecto del conocimiento. *Physis* y *nomos* dejan de ocupar el lugar central en la discusión, una suerte de convencionalidad motivada socialmente guía el lenguaje y lo constituye en el conformador del pensamiento humano y particular de los pueblos. Así, sin ninguna sujeción, los románticos dignifican el lenguaje y lo elevan a la calidad de origen y expresión del pensamiento.

Hamann, Herder y Humboldt son los personajes más representativos de esta tendencia. Hamann es el primero en defender que el lenguaje es la razón, un don primitivo, un *urfaktum*, el lenguaje de la verdad otorgado por Dios, pero que el pecado original confundió, dando lugar a la «Babel de la razón», y que sólo a través de la poesía podremos recuperarlo.¹² Más tarde, Herder despojará la idea de Hamann de ese fervor religioso y elevará el lenguaje a la condición de «instrumento, contenido y forma» que «limita y rodea todo el conocimiento humano».¹³ En su *Abhandlung über den Ursprung der Sprache*, Herder reacciona contra Leibniz y niega que el hombre posea un lenguaje innato, ni una facultad instintiva del lenguaje, ni del razonamiento, más bien es la debilidad del instinto la cualidad fundamental del hombre. Natura se opone a cultura, la especificidad de los instintos está en proporción inversa con la indeterminación y variabilidad del ambiente de los organismos, y que el hombre, al no tener «una esfera tan uniforme y estrecha donde sólo le espera una actividad única...», se encuentra libre del instinto, lo cual constituye una «ventaja natural del hombre», porque gracias a ésta el hombre puede construir su propia naturaleza: «Si se pudieran juntar aquí todos los cabos y hacer visible de una vez la trama de lo que se denomina naturaleza humana, ésta sería por completo una trama para el lenguaje».¹⁴

¹¹ *Ibidem*, pp. 349 y 345.

¹² Hay que recordar que Hamann es, ante todo, un filósofo de la estética, y que en esa época ya era corriente el admitir diferentes concepciones de belleza ligadas a las épocas y las culturas. De ahí su concepción del lenguaje.

¹³ Citado en Julia Penn, *Linguistic Relativity Versus Innate Ideas*, Mouton, The Hague, 1972, p. 51.

¹⁴ Citado en Chomsky, *op. cit.*, pp. 39 y 40. A Chomsky le parece paradójico que Herder hable

Así, para Herder, el lenguaje no sólo es el instrumento, sino también la forma y la memoria de nuestro pensamiento: «la forma de las ciencias, no sólo en la cual, sino a través de la cual, se configuran las ideas».¹⁵

Humboldt recoge en sus escritos sobre el lenguaje el torrente de ideas de fines del siglo XVIII y principios del XIX, sus consideraciones son una mezcla específica de las filosofías de Kant, Herder y Hegel.¹⁶ Su pensamiento, calificado de asistemático, inconsistente o ambivalente, observa una característica que no comparte con el de otros filósofos de la época: emana del contacto directo con una multiplicidad de lenguas, está construido sobre una verdadera conciencia de la diversidad lingüística. Su obra lingüística constituye «una gran intuición» en la que se esbozan diversas tendencias lingüísticas, por lo que ha llegado a ser referencia común de las corrientes más disímiles.¹⁷ A semejanza de Herder, Humboldt ve el lenguaje como la forma única de operar del pensamiento, «órgano de los modos peculiares del pensar», y de concebir la visión del mundo, la materia en que por «primera vez adquieren figura todas las cosas que, de lo contrario, permanecerían indeterminadas y fluctuantes».¹⁸ El lenguaje, formador de representaciones, media entre el hombre y su mundo, constituyendo a través de sus formas lingüísticas el «patrimonio de los pueblos»; la idea de *volkgeist* como el creador y, a la vez, expresión del lenguaje de una nación, ya prefigurada por Herder, tiene su máximo alcance en Humboldt: «...en cada lengua existe una visión del mundo que le es propia... un pueblo habla como piensa, piensa así, porque así habla y el hecho de que piense y hable así se fundamenta en su situación corporal y espiritual y se ha identificado con éstas...»¹⁹ Sin embargo, Humboldt intenta atenuar el culturalismo extremo de Herder, e inspirado en Kant, considera también un *a priori* gracias al cual el conocimiento es la concepción del mundo; un conjunto orgánico de formas y categorías que es común a todo el espíritu humano, la forma interna del lenguaje, pero que configura la visión del mundo, según las

del carácter no natural del lenguaje y, simultáneamente, afirme que constituye la trama de la naturaleza humana. Lo que Chomsky no considera es el hecho de que Herder, al pensar el lenguaje como factor constitutivo del pensamiento humano, está oponiendo la relatividad del conocimiento a la razón cartesiana. Contrástese la interpretación de Chomsky con la que hace la filosofía dialéctica sobre la idea de que el lenguaje constituye la trama de la naturaleza humana, en el sentido de que el hombre es el único animal que crea su propia naturaleza a consecuencia de la inespecificidad del instinto. Véase Berger y Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu editores, 1991 (Primera edición castellana 1968).

¹⁵ Citado en Adam Schaff, *Lenguaje y conocimiento*, Editorial Grijalbo, 1975 (Or. 1962), p. 19.

¹⁶ Schaff, *op. cit.*

¹⁷ José Ma. Valverde en «Prólogo» a W. V. Humboldt, *Escritos sobre el lenguaje*, Ediciones Península, Barcelona, 1991 (Or. 1821).

¹⁸ Humboldt, *op. cit.*, pp. 61 y 63.

¹⁹ Citado en Schaff, *op. cit.*, pp. 23 y 22 respectivamente.

naciones y los individuos: «el pensar no depende meramente del lenguaje en general, sino hasta cierto grado, también de cada lengua determinada».²⁰ La relación entre los factores objetivo y subjetivo del conocer representa un problema complejo que Humboldt resuelve planteando la existencia de un mundo objetivo al que cada individuo o cada pueblo se aproxima subjetivamente, y que se encuentra en medio de todas las lenguas e independientemente de ellas como «campo de elaboración del espíritu humano», pero que, a diferencia de lo que Kant pensaba, es un *noumeno* recuperable a través del fenómeno. De ahí que el valor de las lenguas resida más en ser un medio para «el descubrimiento de la realidad desconocida», que en ser un medio para «la expresión de la realidad ya conocida».²¹

IV

La idea del hombre y los pueblos como entidades en constante cambio condujo al historicismo del siglo XIX. La historia se impuso a todos los seres; no únicamente el hombre y la sociedad tienen historia, sino también la naturaleza, los seres vivos, la tierra y el universo entero. Aparece la teoría de la evolución y, con ella, la historia natural; el *geist* se transforma en *natur*, y el idealismo en naturalismo.²² La «naturalización» de la inteligencia humana lleva consigo la del lenguaje y lo convierte en un mecanismo de adaptación al medio y control sobre él. El supuesto de que el lenguaje es parte de la naturaleza lo opone tanto a lo divino como a lo social: el lenguaje debe concebirse como evolución y obedecer a leyes naturales como los demás objetos naturales. *Physis* sobre *nomos*, los filólogos se dedican a la pesquisa de leyes naturales «ciegas» que den cuenta de la transformación de los sonidos y, posteriormente, algunos de ellos, encabezados por Schleicher, aplicarán la teoría de la evolución a su investigación sobre el origen de las lenguas. La consecuencia es un «universalismo miope» que dirigirá la búsqueda de la lengua original y el desarrollo de tipologías lingüísticas.²³

A mediados de ese mismo siglo, un nuevo empirismo vino a rescatar la validez universal del conocimiento que la actitud desintegradora del romanticismo e historicismo había reducido a formas relativistas. La idea de un saber absoluto, propugnado por Kant ante el escepticismo devastador de Hume, había sido suprimida por Hegel en la fenomenología del espíritu.²⁴

²⁰ Citado por *op. cit.*, Valverde p. 18.

²¹ Citado en Schaff, *op. cit.*, p. 34.

²² Urban, *op. cit.*, p. 21.

²³ T. Givón, *Syntax. A functional Typology Introduction*, John Benjamins Publishing Company, Amsterdam, 1984, p. 4.

²⁴ Jürgen Habermas, *Conocimiento e interés*, Taurus, México, 1986 (Or. 1968).

El positivismo, a fin de cuentas empirismo, tampoco podía continuar con el concepto filosófico de conocimiento absoluto, así pues, asentó en el hecho «positivo» la objetividad.²⁵ La postulación de la existencia de una realidad verificable y sujeta a leyes naturales invariables tuvo como consecuencia la separación de la ciencia del resto del conocimiento, como posibilidad única del saber válido. La verificabilidad metódica proporcionó no sólo los criterios de escisión, sino que elevó la metodología al rango de teoría de la ciencia, el sustituto positivo de la epistemología. La dogmatización positivista de la creencia en la ciencia trajo consigo el que numerosos temas que habían sido del dominio exclusivo de la filosofía se convirtieron en objeto de ciencias independientes, entre ellos el lenguaje y todos los problemas con él relacionados. Así, primero el lenguaje se «naturalizó» y pasó a ser objeto de la filología; más tarde se «socializó» y se constituyó en el de la lingüística. La lingüística debería mantener bajo control científico toda afirmación relacionada con su naturaleza; por consiguiente, los temas del relativismo y el universalismo de la lengua también se integraron dentro de su campo de investigación, cualquier afirmación respecto de ellos tendría que estar sujeta a verificación o experimentación. La liturgia del dato objetivo había atrapado el estudio del lenguaje.

La premisa básica de la lógica positivista, y de paso sus implicaciones, fueron aceptadas por los científicos como hechos indubitables. El riguroso conocimiento preconizado por el positivismo, origen de la negación de la metafísica y de la epistemología, descansaba en dos supuestos fundamentales, uno metafísico: la teoría de la verdad como copia de la realidad, y otro epistémico: la validez de los lenguajes formales.²⁶ Sin embargo, los problemas referentes a la objetividad de las leyes científicas pusieron en tela de juicio la unicidad y la continuidad del universo. Otra vez, la contingencia y la indeterminación empantanaron el horizonte de las regularidades objetivas, de modo que la verdad de los enunciados de las ciencias se tornó en simple certidumbre y la necesidad en convención, finalmente, la simplicidad y elegancia se impusieron como criterios de aceptación de las teorías científicas.²⁷ La búsqueda de soluciones llevó al desarrollo de los lenguajes

²⁵ Comte, al igual que Marx y Darwin, define el hecho positivo como un hecho real, verificable y sujeto a leyes naturales invariables.

²⁶ Habermas, *op.cit.*

²⁷ La crisis de las ciencias naturales y la matemática condujeron a la reflexión sobre la objetividad de las leyes científicas y el universo entero. Por un lado, la teoría de la relatividad había desplazado a la física newtoniana, en tanto la teoría de los cuanta de Planck y el principio de incertidumbre de Heisenberg habían demostrado la discontinuidad y la indeterminabilidad del universo. Por otro, el análisis de la verdad incontrovertible de los postulados de la geometría euclidiana había terminado en el desarrollo de otras geometrías consistentes, pero contradictorias entre sí.

formales: puesto que el saber empírico se reduce a informes sobre lo dado, no sólo es relevante la verificación de la experiencia, sino lo que determina la verdad o falsedad de los enunciados del lenguaje en que se expresa. La filosofía, entonces, debería encargarse de analizar y resolver los problemas del lenguaje en que se expresa la ciencia: el «giro lingüístico» se había dado, la lógica de la investigación científica se asentaba sobre criterio lingüísticos. De este modo, el lenguaje continuó formando parte de las investigación filosófica, ahora filosofía de la ciencia.

El germen de la relatividad lingüística y, por la tanto, cognoscitiva, se había inscrito en la filosofía y en el corazón mismo de las ciencias naturales. Por una parte, el neopositivismo, filosofía defensora de la cientificidad, postulaba explícitamente la arbitrariedad de los lenguajes y encubría al nominalismo como el lazo determinante de las relaciones lenguaje-pensamiento.²⁸ Por otra parte, el neokantismo del siglo XX exaltaba las ciencias humanas e impulsaba una teoría de la verdad fundada en la cultura, una axiología de la normatividad.

El neokantismo nacido en Maburgo y Baden rechazaba la idea de los *a priori* cognoscitivos y psicológicos, buscaba en la historia y la cultura las categorías trascendentales que ofrecieran la posibilidad de objetivación o de una racionalidad epistemológica. Profundamente influido por la filosofía kantiana y las ideas de Humboldt, Cassirer propuso las formas simbólicas y, dentro de ellas, al lenguaje como la forma fundamental en la construcción de conocimiento.²⁹ A pesar de la relatividad inherente a cada lengua particular, podemos encontrar lo trascendental en la validez idiomática del lenguaje, en la simbolización de la realidad, no en los contenidos sino en los modos, las significaciones. La filosofía de las formas simbólicas prolongó la reflexión de Humboldt sobre el lenguaje; la influencia de ambas sería notable en la lingüística alemana de la mitad del siglo XX, principalmente en la teorías estructuralistas de Weisberger, Trier y Porzig sobre los campos semánticos.

El estructuralismo no tuvo que esperar el rescate de Humboldt. La noción saussureana del signo lingüístico, su arbitrariedad y convencionalidad, estaban imbuidas de un relativismo fundamental, el valor lingüístico. Saussure define la significación, la propiedad del signo de representar ideas, como la

²⁸ Carnap introdujo en la ciencia la convencionalidad de los lenguajes bajo el «principio de tolerancia», que sostenía la arbitrariedad de la sintaxis. De paso, hizo reaparecer el nominalismo: «los objetos constituidos son objetos de cognición conceptual únicamente como formas lógicas construidas de manera definida», es decir, los objetos de los lenguajes son constructos teóricos, representaciones nominales; Schaff, *Introducción a la semántica*, FCE, México, 1983 (Or. 1962), p. 88.

²⁹ E. Cassirer, *Las ciencias de la cultura*, FCE, Breviarios, México, 1972 (Or. 1918).

relación que guarda un signo con otros al interior del sistema, su valor. Los signos no representan objetos; si los significantes estuvieran asociados directamente con los objetos, la lengua sería sólo una nomenclatura. La significación radica en el valor, que la hace relativa internamente y, por lo tanto, arbitraria respecto del exterior. La arbitrariedad del signo es una exigencia real del sistema, ya que la imposición de un elemento desde afuera haría que la noción de valor perdiera su carácter definitorio. De este modo, el lenguaje se construye como un sistema relacional autónomo, donde el significado de los elementos está determinado por las semejanzas y diferencias que se establecen al interior de la lengua. El pensamiento, dice Saussure, «no es más que una masa amorfa e indistinta... una nebulosa donde nada está delimitado necesariamente... no hay ideas preestablecidas, y nada es distinto antes de la aparición de la lengua».³⁰ La lengua crea los confines precisos en la materia fónica y en el pensamiento, conforma sus unidades entre dos masas indeterminadas, produce forma sobre las sustancias de la expresión y del contenido. No obstante, el sistema es una realidad social, sostenida en el tiempo y el espacio de acuerdo con principios formales. Más tarde, el estructuralismo extenderá la primacía del sistema sobre todas las realidades, el *décentrement* no será nada más del sujeto, sino de las sociedades y las culturas.

Simultáneamente, la orientación culturalista de la escuela etnológica americana, fundada por Boas, es reforzada al incorporarse las ideas filosóficas de Herder y Humboldt en la lingüística. Sus ideas seminales florecerán al máximo en la hipótesis de Sapir-Whorf. Al igual que los románticos, el último Sapir y su discípulo Whorf ven el pensamiento contenido en el lenguaje, de tal modo que éste se impone sobre la experiencia y restringe las visiones del mundo, como «una atadura tiránica»³¹ que «impide la aparición de ciertos pensamientos».³² El resultado de esta imposición del lenguaje sobre la experiencia es la «inconmensurabilidad», la imposibilidad de rasar con otra lengua la medida de los significados, la intraducibilidad.

V

La vieja tensión metafísica entre lo Uno y lo Diverso, arrastrada a la epistemología en términos de lo necesario y lo contingente, pervive dentro del lenguaje en el antimetafísico siglo XX.

³⁰ F. de Saussure, *Curso de lingüística general*, Ediciones Nuevomar, México, 1985, p. 159.

³¹ E. Sapir, «Conceptual Categories in Primitive Languages», en D. H. Hymes (ed.), *Language in Culture and Society: A Reader in Linguistics and Anthropology*, Harper and Row, New York, 1964 (Or. 1931).

³² B. Whorf, *Language, Thought and Reality: Selected Writings of Benjamin Lee Whorf* (ed. J. B. Carroll), MIT Press, Cambridge, Mass., 1956.

Al parecer, la objetivación propuesta por el neopositivismo, el análisis de las expresiones gramaticales, no fue lo suficientemente satisfactoria para muchos. Era necesario que el conocimiento y el lenguaje tuvieran un carácter universal formal, si no es que biológico. La idea de la mente humana, un impulso común para aislar la razón de la historia y la cultura, renace en la lingüística, la psicología, la ciencia de la computación y la antropología como una invocación contra el relativismo de la primera mitad del siglo, y se instaura en la ciencia cognitiva, la explicación de toda manifestación humana.³³ Su tarea será restituir la *physis* frente al escepticismo nihilista producto del *nomos*.

La primera y más antigua versión de la ciencia cognitiva adopta una línea racionalista inspirada en la gramática generativo transformacional y el paradigma computacional, lineal principalmente. Chomsky y Fodor se instituyen como los ideólogos más representativos de esta corriente.

Chomsky reacciona al empirismo neopositivista, adhiriéndose a las teorías que suponen el conocimiento como producto de la estructura de la mente humana, e inscribe la gramática generativa dentro de la tradición racionalista. Sin embargo, los motivos que llevan a los cartesianos y a Chomsky a la postulación de una gramática universal son diferentes. Primero, en la gramática de Port Royal no se otorga un papel distintivo al lenguaje en la creación del conocimiento, pero se destaca su lugar central en la caracterización de las habilidades humanas: el lenguaje exhibe la diferencia esencial entre el hombre y el autómatas. El lenguaje responde a las exigencias del pensamiento, la secuencia de las palabras refleja el orden natural de pensamiento, y es esta inseparabilidad de la razón y el lenguaje la que conduce a los cartesianos a la búsqueda de una forma fundamental de gramática universal que responda a las formas de la razón humana.³⁴ Por el contrario, Chomsky concibe al lenguaje como un dominio independiente del pensamiento y de otras facultades de la mente, una capacidad diferente que presenta características únicas, propiedades «interesantes».³⁵

Aunque se niegue a reconocerlo, su idea inicial de lenguaje, presentada en *Estructuras sintácticas*, semeja más a la de los lenguajes formales desarrollados por los positivistas lógicos, particularmente la reducción del lenguaje a la sintaxis, definida ésta como un cálculo deductivo que consta de un conjunto de elementos finitos y un conjunto de reglas de formación y transfor-

³³ Clifford Geertz, «Anti Anti-Relativism», en *American Anthropologist*, 86, 1984.

³⁴ Chomsky, *op. cit.*

³⁵ Chomsky, *Reflexiones sobre el lenguaje*, Editorial Ariel, Barcelona, 1979 (Or. 1975).

mación.³⁶ De hecho, el objetivo central de Chomsky en ese trabajo era exclusivamente la formalización de la estructura sintáctica, el dar razón de las relaciones entre oraciones del tipo activa-pasiva por medio de reglas de transformación, y que la teoría de los constituyentes, reglas de formación, no podía explicar. Los lenguajes formales le proporcionaban los dispositivos teóricos para hacerlo, ya que basan toda la estructura del cálculo en un conjunto de supuestos que son adoptados como axiomas, y cuyo objetivo estriba no sólo en describir las oraciones, sino en responder a la pregunta de cómo una oración se deriva o relaciona con otras oraciones. De ahí el énfasis en la sintaxis. Así, el segundo motivo de la postulación de una gramática universal es una consecuencia directa del empleo de los lenguajes formales. En éstos, los supuestos axiomáticos iniciales son un mecanismo puramente convencional y arbitrario que hacen del lenguaje un sistema cerrado e intraducible. Como lo que Chomsky perseguía era una explicación del lenguaje natural, los axiomas (arbitrarios) que formuló para su sistema tendrían necesariamente que formar parte del lenguaje mismo, la única manera era convertirlos en principios lingüísticos que fundamentaran la gramática e, inevitablemente, trasladarlos al interior del organismo. Los universales que mantienen las nociones chomskianas de gramática y competencia son supuestos teóricamente necesarios y no teoremas que deriven de la hipótesis de la «aprendibilidad» del lenguaje, como empezó a sostener desde *Aspectos de la teoría de la sintaxis*.

Los universales se constituyeron en un sistema de condiciones lógicamente necesarias para la aparición de fenómenos específicos. De este modo, el objetivo de la investigación se transformó en la búsqueda de esos principios universales, de ese sistema constante a través de la especie y cuyas propiedades no alcanzan a ser determinadas por el ambiente. Es por esto que su definición no responde a una investigación empírica, sino que se ciñe a los requerimientos de la teoría, a la concepción misma de lenguaje. Lo que constituye un universal está determinado por la teoría y no por los datos en sí mismos; con base en un análisis deductivo se decide si una propiedad particular de una lengua es cuestión puramente accidental o refleja una regularidad abstracta, de nivel profundo. De ahí que los universales obtenidos mediante la comparación traslingüística no sean relevantes teóricamente. La tarea, más que proporcionar un método para clasificar la variación de

³⁶ Para una idea similar ver T. Givón, *op. cit.*, p. 7 y el extenso ensayo de Schaff «Generative Grammar and the Concept of Innate Ideas», en R. Pinxten, *Universalism vs. Relativism in Language and Thought*, The Hague, Mouton, 1976.

las gramáticas, consiste en elaborar uno para decidir cuál es la mejor, basándose en los principios de simplicidad y adecuación.

La segunda corriente de la ciencia cognitiva, llamada funcionalista, se inclina por un empirismo a medias, que explica la diversidad como un fenómeno de superficie, en tanto que la universalidad cohesiona y subyace al conocimiento. A diferencia del paradigma cognitivo ortodoxo, incorpora las nuevas nociones de aprendizaje de la psicología asociada con el paradigma computacional conexionista, y una versión libre de la epistemología genética, el neopiagetianismo.

Una de las manifestaciones de este enfoque dentro de la lingüística la representa la indagación de universales y taxonomías del modelo tipológico-funcional. Originada dentro del estructuralismo de tipo descriptivista, la metodología tipológica y de búsqueda de universales difiere considerablemente de la chomskiana: sus procedimientos son típicamente empíricos, la definición de los universales se basa en la comparación de las diversas lenguas del mundo y en el estudio de la estructura de superficie.³⁷ Lo que constituye el lenguaje no está determinado *a priori* por alguna teoría, como tampoco las clases de explicación para las regularidades observadas, *v. g.* las nociones de dominancia, recesión y armonía corresponden a abstracciones estructurales no comprometidas con ninguna teoría particular.³⁸ Sin embargo, la tipología poco a poco se ha movido hacia parámetros más funcionales, relacionados con las necesidades comunicativas de los seres humanos,³⁹ o parámetros «naturales», que obedecen a cuestiones como contenido semántico, pragmática del discurso, procesamiento de información, estructuras cognitivas, desarrollo ontogenético y filogenético.⁴⁰ De este modo, las explicaciones, aunque aluden a factores extralingüísticos o de otro nivel, empiezan a conformar una nueva teoría del lenguaje. Una distinta concepción que ve al lenguaje como un ecosistema, como estructura dinámica, producto de la competencia de las diversas manifestaciones de una adaptación eficiente o «consideraciones de procesamiento», como les llama Croft.⁴¹ La función primaria del lenguaje es comunicar información eficientemente, satisfacer un rango delimitado de necesidades comunicativas, de ahí que el procesamiento del lenguaje esté dirigido por la economía sintagmática y paradigmática, formas cortas y un mínimo de rasgos distintivos motivan el

³⁷ J. H. Greenberg, *Universals of Language*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1966.

³⁸ J. A. Hawkins (ed.), *Explaining Language Universals*, Basil Blackwell, Oxford, 1988.

³⁹ B. Comrie, *Language Universals and Linguistic Typology*, Chicago University Press, Chicago, 1981.

⁴⁰ Givón, *op. cit.*

⁴¹ W. Croft, *Typology and Universals*, Cambridge University Press, Great Britain, 1990.

proceso. La iconicidad es también otro factor determinante en el procesamiento, minimiza las clases de estructuras que el ser humano debe adquirir, vuelve superflua la existencia de estructuras distintas para la representación del lenguaje y la del mundo. La iconicidad simplifica el proceso de conversión de estructuras no lingüísticas a estructuras lingüísticas y establece un código isomórfico con la experiencia.⁴²

El isomorfismo entre cognición y lenguaje no surge de la investigación lingüística, sino de las indagaciones concernientes a la codificación del color y la categorización conceptual realizadas en psicología y antropología. Paradójicamente, estos estudios se iniciaron con el objeto de obtener evidencia empírica sobre la hipótesis relativista de Whorf, pero sus precursores comenzaron con una interpretación particular de ésta: caracterizaron sus categorías en términos puramente denotativos, eliminando con ello el problema original, la intraducibilidad del significado. La premisa de que cualquier cosa puede ser dicha en cualquier lengua trajo consigo la idea de codificabilidad, los modos diferentes de expresar los mensajes, de referirse a un mismo objeto. Esta no sólo proporcionó el mecanismo mediante el cual lenguaje y pensamiento se relacionaban, sino que cambió el objetivo de la investigación; lo relevante, por una parte, fue la cuestión de cómo el lenguaje trata la realidad objetiva, ahora un hecho, y por otra, las relaciones entre el patrón de codificación y la conducta no-lingüística como la percepción y la memoria. La conclusión fue que la categorización conceptual dependía de la prominencia de ciertos atributos de los objetos, cuya posesión hacía que algunos de ellos fueran más representativos de una categoría que otros, es decir, más prototípicos.

Sin embargo, la postulación de una realidad objetiva codificable no pudo sostenerse durante largo tiempo. Por una parte, los experimentos posteriores de Rosch sobre categorización mostraron que algunos de los atributos juzgados prominentes por los sujetos dependían del arreglo de los objetos que se le presentaran, otros no adquirirían prominencia si el objeto no se conocía, y algunos más estaban en función de las actividades que los humanos tienen con ellos.⁴³ Por otra, los experimentos neurofisiológicos de De Valois mostraron que la percepción de los colores focales dependía del funcionamiento de células especializadas.⁴⁴ Estos trabajos llevaron a la conclusión de que la categorización

⁴² Croft, *op. cit.*

⁴³ E. Rosch and C. B. Mervis, «Family resemblances: Studies in the Internal Structure of Categorization», en *Cognitive Psychology*, 7, 573-605, 1975.

⁴⁴ Los experimentos de De Valois muestran que la percepción de los colores focales es debida a la combinación de la actividad de cuatro tipos de células diferentes. Sobre esta base, Kay y Mc Daniel diseñaron una serie de operaciones de conjuntos difusos para explicar la percepción de los

es producto de la percepción, principalmente en el caso del color, y de la organización del conocimiento. Con esto la universalidad se transfirió a la cognición: la realidad se construye con los datos crudos de la percepción y, por lo tanto, es la cognición y no la realidad la que es codificada por el lenguaje. La experiencia, a final de cuentas, es la que da forma al lenguaje.

Tanto la investigación de universales y taxonomías sintácticas como la de la categorización conceptual ofrecen una cara diferente de la *Physis*, más ambientalista, pero no menos biologicista y psicologista que el neoracionalismo. La codificación sintáctica del mundo se asienta en la analogía biologicista: la dualidad forma-función, que define el apriorístico principio de iconicidad o no-arbitrariedad entre el código y el mensaje, es decir, la información semántica perteneciente a distintos dominios funcionales, proposición y discurso, es organizada en «tipos» universales que son codificados de manera predecible en las distintas lenguas.⁴⁵ Mientras que la categorización semántica de la lengua se propone como construida sobre ciertas invariantes funcionales perceptuales y de procesamiento, determinadas por las estructuras anatómicas de los órganos de los sentidos y el cerebro. Las investigaciones sintácticas y semánticas de la universalidad están estrechamente ligadas por supuestos fundamentales. Ambas han abstraído el contenido semántico de su objeto de estudio; la primera ha reducido la información semántica a tipos, y la segunda ha trasladado su objetivo de los contenidos conceptuales a los procesos de categorización. Las dos descansan en la noción de prototipos como principio de la categorización y representación del espacio semántico-cognitivo. Finalmente, ambas asumen la existencia de mecanismos cognitivos que garantizan una percepción básica de la realidad que da forma al lenguaje. La noción de codificabilidad es el puente que se tiende entre ellas y orienta la cuestión de la relación lenguaje-pensamiento hacia una explicación psicologista. Los universales se tornan en *a priori* psicológicos o, quizás, en propiedades del organismo humano que determinan la estructura de la lengua.

Las concepciones metafísicas en las ciencias antropológicas, lejos de haber sido conjuradas por el neopositivismo, determinan en mayor parte la formulación de las teorías y la subsecuente interpretación de los datos. Los

colores no-focales; sus predicciones no correspondieron con lo encontrado en las lenguas. No sólo los colores no-focales varían notablemente de cultura en cultura, sino que algunas lenguas ni siquiera establecen la distinción binaria esperada en los focales, cuando ambos se encuentran en la misma categoría, particularmente el verde y el azul. Citado en G. Lakoff, *Women, Fire and Dangerous Things*, Cap. 2, University of Chicago Press, Chicago, 1987.

⁴⁵ Givón, *op. cit.*

estudios de la categorización conceptual y los universales lingüísticos no han sido la excepción. Las transiciones dentro de los primeros ilustran la interdependencia de los supuestos filosóficos con los datos. La aparición de datos no predichos ha conducido a replanteamientos de las posturas preteóricas iniciales, más que al «estiramiento» de las teorías. Uno de los ejemplos más interesantes de estas transiciones es el de los estudios de Rosch, quien comienza desde una perspectiva netamente positivista, más tarde niega la existencia de una realidad objetiva y termina reintroduciendo a la cultura en la construcción del mundo. Las categorías, dice, «nos hablan del mundo percibido y no de un mundo metafísico sin un sujeto cognoscente»,⁴⁶ son correlaciones que se establecen en la interacción motora y perceptual con éste; es decir, las propiedades que conforman las categorías no son parte de un mundo objetivo independiente de los sujetos, sino son propiedades interaccionales, agrupamientos de la experiencia. Si la existencia de categorías de nivel básico, aquellas que conjuntan el mayor número de propiedades, correlaciona transculturalmente es porque reúnen las distinciones más útiles para el ser humano.⁴⁷ Por otro lado, como las categorías aparecen dentro de sistemas de los que dependen en gran parte, la definición de sus atributos puede ser, más que psicológica, cultural; esto significa que las categorías no saltan a la vista, deben ser aprendidos primero sus atributos para poder distinguirlas.

En resumen, las categorías no están objetivamente en el mundo, están determinadas por la biología humana, la mente y consideraciones culturales. Lo importante aquí es dilucidar en qué proporción intervienen cada una de ellas; lo mismo vale para la estructura del lenguaje.⁴⁸ No obstante, observamos la persistencia de soluciones psicobiológicas; el predominio de

⁴⁶ Rosch, «Principles of Categorization», en *Cognition and Categorization*, E. Rosch and B.B. Lloyd (eds.) Lawrence Erlbaum Ass., Hilldale, N. J., 1978, p. 29.

⁴⁷ Dougherty encuentra que existen casos de desplazamiento de las categorías de nivel básico por categorías de otros niveles, por ejemplo la categoría «árbol» en los grupo urbanos, que obedece a determinantes culturales. También Cole y Scribner concluyen que los contenidos de las categorías de nivel básico como tampoco los de los demás niveles son generalizables a todas las culturas. En la investigación sobre adquisición del lenguaje también, Mervis ha encontrado que los niños generan categorías diferentes a las de los adultos, y que éstas dependen del conocimiento que los niños hayan adquirido de los atributos que los adultos suponen como definitorios. (Esto último está citado en Lakoff, *op. cit.*).

⁴⁸ Respecto de este punto vale la pena comentar el que muchos lingüistas insistan en apoyarse en las ideas de Rosch, cuando la propia autora ha rechazado ya la noción de los prototipos como representaciones mentales y modelos de procesamiento: «hablar de prototipos es simplemente una ficción gramatical conveniente», lo que tenemos son simplemente «juicios sobre el grado de prototypicalidad», y éstos son un efecto que restringe las posibilidades de los modelos de representación y procesamiento; Rosch, *op. cit.*, p. 41.

la función adaptativa como directriz de la categorización del mundo y la necesidad de expresarlo desplaza la colaboración y el contacto social como condiciones que causaron la necesidad y universalidad para significar. Ni las propiedades biológicas, determinadas por la estructura del organismo humano como por la interacción de éste con el medio cultural, ni los atributos psicológicos que intervienen en la categorización conceptual y de la lengua alcanzan a dar razón de la totalidad del espacio semántico, de las relaciones que originan los significados del lenguaje y del modo como éstos constituyen el universo humano. Aún está por explicar el lazo entre el lenguaje, el conocimiento y eso que se denomina realidad.

Debajo de la búsqueda de universales yace la determinación de encontrar asideros trascendentales que validen el conocimiento del mundo, puesto que atribuirlo al lenguaje o cualquier otro factor de índole social siempre implica la amenaza del relativismo. Los criterios absolutos han caído y otros valores surgen en la búsqueda de legitimación de las regularidades del conocimiento. A sabiendas de que la negación de la relatividad equivalga al ocultamiento de, quizás, la forma natural de ser del hombre y el universo entero, el ser humano persiste en ensayar nuevas formas que se eleven por encima de su individualidad y garanticen la universalidad en la interpretación del mundo.

Bibliografía

- Aristóteles, *Tratados de lógica*, Trad. Francisco Larroyo, Editorial Porrúa, México, 1987.
- Belaval, Yvon (ed.), «La filosofía griega», en *Historia de la filosofía (colección)*, Siglo XXI, México, 1986 (Or. 1974).
- , «Racionalismo, Empirismo, Ilustración», en *Historia de la filosofía (colección)*, Siglo XXI, México, 1986 (Or. 1974).
- , «La filosofía alemana de Leibniz a Hegel», en *Historia de la filosofía (colección)*, Siglo XXI, México, 1986 (Or. 1974).
- Berger, P. y T. Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu editores, Argentina, 1991 (1 ed. castellana 1968).
- Beuchot, Mauricio, *El problema de los universales*, UNAM, México, 1981.
- Cassirer, E., *Las ciencias de la cultura*, FCE, Breviario, México, 1972 (Or. 1942).
- Comrie, B., *Language Universals and Linguistic Typology*, Chicago University Press, Chicago, 1981.

- Cole, M. y S. Scribner, *Cultura y pensamiento*, Limusa, México, 1977 (Or. 1971).
- Croft, W., *Typology and Universals*, Cambridge University Press, Great Britain, 1990.
- Chomsky, Noam, *Estructuras sintácticas*, Siglo XXI, México, 1985 (Or. 1957).
- , *Lingüística cartesiana*, Gredos, Madrid, 1972 (Or. 1966).
- , *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, Aguilar, Madrid, 1970 (Or. 1966).
- , *Reflexiones sobre el lenguaje*, Editorial Ariel, Barcelona, 1979 (Or. 1975).
- Dougherty, J., «Salience and Relativity in Classification», en *American Ethnologist*, 5, 66-80, 1979.
- Geertz, C., «Anti Anti-relativism», en *American Anthropologist*, 86, 1984.
- Grenberg, J. H., *Universals of Language*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1966.
- Givón, T., *Syntax. A Functional Typological Introduction*, Volumen I, John Benjamins Publishing Company, Amsterdam, 1984.
- Habermas, J., *Conocimiento e interés*, Taurus, Madrid, 1986 (Or. 1968).
- , *Pensamiento postmetafísico*, Taurus, México, 1990 (Or. 1988).
- Hauser, Arnold, *Historia social de la literatura y del arte*, Guadarrama, Barcelona, 1980.
- Humboldt, Wilhelm V., *Escritos sobre el lenguaje*, Ediciones Península, Barcelona, 1991 (Or. 1821).
- Hawkins, J. A., (ed.), *Explaining Language Universals*, Basil Blackwell, Oxford, 1988.
- Kay, P. and C. K. McDaniel, «The Linguistic Significance of the Meanings of Basic Color Terms», en *Language*, 54, 610-646, 1978.
- Lakoff, G., *Women, Fire and Dangerous Things*, University of Chicago Press, Chicago, 1987.
- Lenneberg, E. H., «Cognition in Ethnolinguistics», en *Language*, 29, 463-471, 1953.
- Lucy, J. A., *Language Diversity and Thought. A Reformulation of the Linguistic Relativity Hypothesis*, Cambridge University Press, Great Britain, 1992.
- Marshall Urban, W., *Lenguaje y realidad*, FCE, México, 1979, (Or. 1939).
- Penn, Julia, *Linguistic Relativity Versus Innate Ideas*, The Hague, Mouton, 1972.
- Platón, *Diálogos* (Ed. Francisco Larroyo), Editorial Porrúa, México, 1979.
- Pinxten, R., *Universalism vs. Relativism in Language and Thought*, The Hague, Mouton, 1976.
- Rosch, E. and C. B. Mervis, «Family Resemblances: Studies in the Internal Structure of Categorization», en *Cognitive Psychology*, 7, 573-605, 1975.

- Rosch, E., «Principles of Categorization», en *Cognition and Categorization*, ed. Eleanor Rosch and B. B. Lloyd, Lawrence Erlbaum Associates, Hilldale, NJ., 1978.
- Sapir, E., «Conceptual Categories in Primitive Languages», en D. H. Hymes (ed.), *Language in Culture and Society: A Reader in Linguistics and Anthropology*, Harper & Row, New York, 1964 (Or. 1931).
- Saussure, F. de, *Curso de lingüística general*, Ediciones Nuevomar, México, 1985 (Or. 1916).
- Schaff, Adam, *Lenguaje y pensamiento*, Editorial Grijalbo, México, 1975 (Or. 1964).
- , *Introducción a la semántica*, FCE, México, 1983 (Or. 1962).
- , «Generative Grammar and the Concept of Innate Ideas», en R. Pinxten, *Universalisms vs. Relativism in Language and Thought*, The Hague, Mouton, 1976.
- Whorf, B., *Language, Thought and Reality: Selected Writings of Benjamin Lee Whorf* (ed. J. B. Carroll), MIT Press, Cambridge, Mass., 1956.
- Xirau, Ramón, *Introducción a la historia de la filosofía*, UNAM, México, 1990 (Or. 1964).